

lla mujer era la Pythonisa de los arrabales. Las almas perdidas que frecuentaban aquellos clubs se envanecían de tener á su cabeza un sér que el vicio había marcado desde muy temprano con el mismo sello que á ellas. Una mujer pura las hubiera humillado, y Rosa Lacombe les parecía rehabilitar su profesion por el exceso de su republicanismo. Tenía un ascendiente poderoso sobre la municipalidad; reprendía á los diputados, y Bazire y Chabot se contenían delante de ella. Sólo Robespierre, entre los dueños de la opinion, le cerraba su puerta; pero se hacía abrir las de las prisiones, sentenciaba ó absolvía, obtenía encarcelamientos ó perdones. Fácilmente conmovida por las lágrimas, intercedía con frecuencia por los acusados.

El amor la había sorprendido en uno de los calabozos que visitaba. La belleza de un jóven preso, sobrino del corregidor de Tolosa y aprisionado con su tio, la había herido. Rosa Lacombe lo había intentado todo para salvar á su protegido, por lo cual injurió á la Convencion. Bazire y Chabot la denunciaron en los Franciscanos como una intrigante que quería sobornar á los patriotas. «Esa mujer es peligrosa, porque es elocuente y bella»,—dijo Bazire. «Me ha amenazado si no hago poner en libertad al corregidor de Tolosa»,—dijo Chabot.—Me ha confesado que no era este magistrado, sino su sobrino, el que interesaba á su corazón. Yo, á quien se acusa de dejarme dominar por las mujeres, he resistido á sus importunaciones, porque yo quiero á las mujeres que no corrompen ni calumnian á la virtud. Estas mujeres han osado atacar hasta á Robespierre.» A estas palabras, Rosa Lacombe se levantó en la tribuna y pidió que se le dejase responder. El club se agitó, los espectadores se dividieron, los unos queriendo que se le oyese, los otros pidiendo que se la expulsase. El presidente se puso el sombrero, y el club decidió que se hiciese una petición al comité de seguridad general para la depuración de la sociedad de las mujeres revolucionarias. La Convencion no se atrevió aún á disolverla.

Robespierre se indignó altamente de aquellas orgías de la opinion, en donde, so pretexto de animar al patriotismo, se pervertía la naturaleza. Chaumette tenía la ira de Robespierre, y quiso conjurarla preparando una escena teatral en la que afectaría la austeridad del tribuno de las costumbres contra los excesos que él mismo había provocado. Hacia el fin de Enero, una columna de mujeres revolucionarias, reclutadas y guiadas por Rosa Lacombe, adornadas con el gorro encarnado y ostentando desnudez en su traje, forzó la entrada del Consejo de la municipalidad, é interrumpió la sesión con sus peticiones y con sus gritos. Algunos murmullos de indignación concertados, de antemano se levantaron en el seno de la asamblea. «Ciudadanos,—exclamó Chaumette,—hacéis un gran acto de razón con esos murmullos. La entrada en el recinto en donde deliberan los magistrados del pueblo debe ser prohibida á los que insultan á la nación.» «No,—dijo un miembro del Consejo,—la ley permite entrar aquí á las mujeres.» «Que se lea la ley,—replicó Chaumette;—la ley ordena que se respeten las costumbres y que se hagan respetar: aquí las veo despreciadas. Además, ¿cuándo ha sido permitido á las mujeres abjurar su sexo, abandonar los cuidados piadosos del matrimonio, la cuna de sus hijos, para venir á la plaza pública, á la tribuna de los oradores, á la barra del senado y á las filas de nuestros ejércitos, á usurpar los derechos que la naturaleza ha dado á los hombres? ¿A quién ha confiado aquella los cuidados domésti-

cos? ¿Nos ha dado pechos para criar á nuestros hijos? ¿Ha hecho delicados nuestros miembros para hacernos más propios para los cuidados de la casa y de la familia? No; ha dicho al hombre: «Sé hombre»; y á la mujer: «Sé mujer, y tú serás la divinidad del santuario interior». Mujeres imprudentes que queréis convertirnos en hombres, ¿no estais contentas con haberos cabido en suerte el dominar nuestros sentidos? Vuestro despotismo es el del amor, y por consecuencia el de la naturaleza.» A estas palabras, las mujeres se quitaron de la cabeza el gorro encarnado. «Acordaos—continuó Chaumette—de aquellas mujeres perversas que excitaron tantas turbaciones en la república; de aquella mujer altanera de un esposo pérfido, la ciudadana Roland, que se creyó capaz de gobernar á la nación, y que corrió á su pérdida; de aquella mujer-hombre, la impudente Olimpia de Gouges, que fué la primera que fundó sociedades de mujeres, y que murió por sus crímenes. Las mujeres no son algo sino cuando los hombres no son nada; testigo Juana de Arco, que no fué grande sino porque Carlos VII no era tan hombre como debía serlo.»

Las mujeres se retiraron, convencidas en la apariencia por la elocuencia de Chaumette. Pero Rosa Lacombe continuó, por instigación de Hebert, agitando la hez de su sexo. Varios grupos de mujeres, vestidas con un pantalon rojo y adornado el cabello con la escarapela nacional, insultaron y dieron sendos latigazos en los parajes públicos á inocentes jóvenes sorprendidas por ellas sin llevar el signo del patriotismo.

Amar, provocado por Robespierre, tomó la palabra con este motivo en la Convencion. «Os denunció—dijo—una reunión de más de seis mil mujeres que se titulan jacobinas y miembros de una pretendida sociedad revolucionaria. La naturaleza, por la diferencia de fuerza y de conformación, les ha impuesto otros deberes. El pudor, que les impide la publicidad, les hace un deber de permanecer en el interior de las familias.» La Convencion adoptó estos principios y cerró los clubs de mujeres. Rosa Lacombe volvió á la oscuridad y á la abyección, de donde la sacó la pasión revolucionaria. Hebert y su partido perdieron aquellas bandas amaestradas por ellos en la sedición, primero suplicantes, y despues imperiosas contra la Representación nacional.

III

El partido de Hebert en la municipalidad aspiraba abiertamente á continuar y aún á traspasar al partido de Marat, comenzando ya á inquietar al comité de salud pública y á cansar á Robespierre y á Danton. Hebert, dueño de la municipalidad por Pache, Payan y Chaumette, del pueblo por los jefes subalternos de los motines, del ejército revolucionario por Ronsin, del club de los Franciscanos por sus nuevos oradores, en cuyo número se señalaba el jóven Vincent, secretario general del ministerio de la Guerra, dueño, en fin, de las sublevaciones más tumultuosas de la multitud por su periódico *El Padre Duchesne*, en el cual agitaba el fuego de una perpétua sedición, atacaba tímidamente á Robespierre y abiertamente á Danton. Minadas aquellas dos grandes popularidades, contaba Hebert con imponer fácilmente su demagogia á la Convencion. El ideal de aquel partido no era ni la libertad ni la patria; era la subversión total de todas las ideas, de todas las reli-

giones, de todo pudor y de todas las instituciones en donde habia estado basado hasta entónces el órden social; la tiranía absoluta y sanguinaria del pueblo de París sobre el resto de la nacion; la decapitacion en masa de todas las clases nobles, ricas, literatas y morales que habian dominado por su rango, por sus luces y por sus preocupaciones; la supresion de la Representacion nacional, y en fin, el establecimiento por todo gobierno de una dictadura absoluta como el pueblo, é irresponsable como el destino.

Cada uno de los miembros principales de aquella faccion, Hebert, Chaumette, Vincent, Momoro y Ronsin, se arrogaba en su pensamiento aquella magistratura suprema. Entre tanto, se le habia confiado al corregidor Pache, carácter abstracto, misterioso y taciturno, y cuyo exterior tenia una analogía terrible con el poder vengativo, implacable y mudo que se trataba de personificar con él.

La sed insaciable de sangre que hacia cinco meses que no se veia harta de suplicios, las sublevaciones continuas contra los ricos y los negociantes, los gritos contra los monopolistas, las locuras del *máximum* impuestas á la Convencion, las demoliciones, las exhumaciones y las violaciones de las sepulturas, las apostasías impuestas á Gobel y á su clero bajo pena de muerte, la proscripcion de cien mil sacerdotes perseguidos, encarcelados y martirizados por su fe, la profanacion de las iglesias, las parodias de cultos, la promulgacion del ateismo, los honores tributados á la inmoralidad, y en fin, el catecismo crapuloso y sanguinario que *El Padre Duchesne* publicaba todas las mañanas en sus columnas al pueblo, eran los síntomas que revelaban á Robespierre y á Danton los planes ó los delirios de aquella faccion. Pero escuchada por la municipalidad, todo lo podia despreciar.

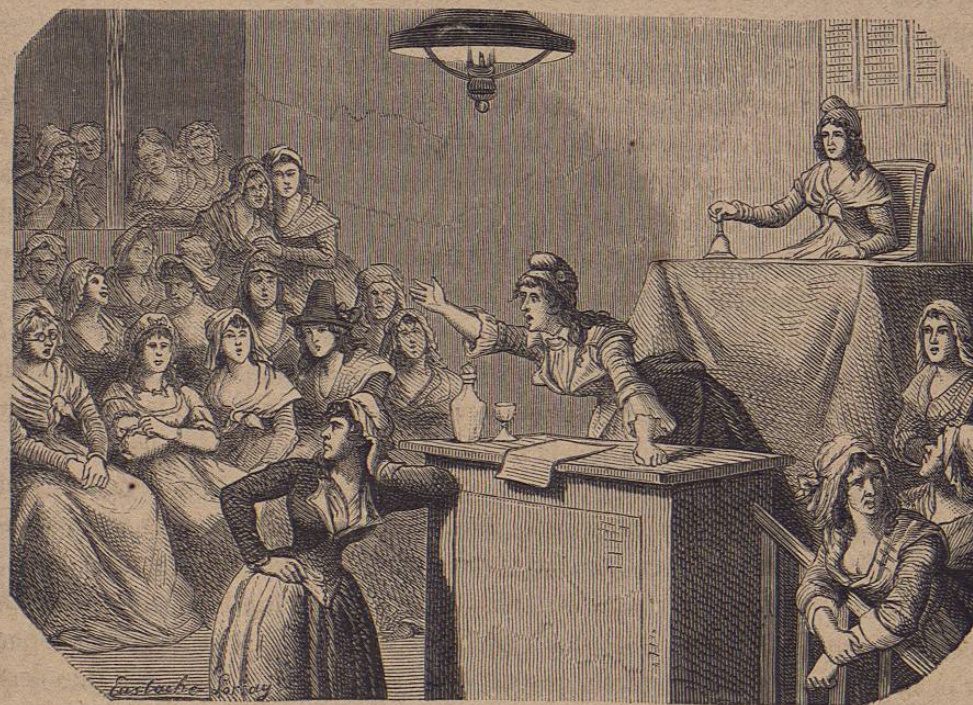
Danton, retirado casi siempre en una casa de campo que acababa de comprar en Sevres, abandonaba la tribuna de los Franciscanos á sus enemigos, y su popularidad á sí misma. Rara vez comparecia en los Jacobinos, y aún esto lo hacia, no como en otras ocasiones, para destruirlo ó para arrastrarlo todo, sino para justificarse y quejarse. Rodeado de una pequeña corte de hombres sospechosos que su buena fortuna le habia atraído, parecia estar espiondo en su inaccion que desmayase el gobierno para apoderarse de él. Afectaba no hacer caso del poder y desdeñar altamente los partidos. El triunvirato subalterno de Hebert, Chaumette y Ronsin le parecia demasiado imperceptible para merecer una mirada suya. Por otra parte, veia con secreta alegría en aquel triunvirato un modo de equilibrar, cuando lo necesitase, la fortuna ascendente de Robespierre. Danton se limitaba á defenderse de las mordeduras de Hebert y de su jauría, que no cesaban de vociferar contra él.

Aquel impolítico encarnizamiento del partido de Hebert contra Danton, en el momento en que este partido queria despolarizar á Robespierre y domar al comité de salud pública, tenia su origen en una rivalidad de periodistas entre Hebert y Camilo Desmoulins. *El Padre Duchesne*, colocado más bajo que su rival, no cesaba de insultar á Camilo Desmoulins. Este respondia á Hebert con folletos en que la injuria se grababa como un hierro hecho ascua en la frente de sus enemigos.

Desde la muerte de los girondinos habia callado Camilo Desmoulins; pero en la época á que nos referimos, acababa de tomar de nuevo la pluma y de publicar algunas hojas sueltas, dignas á la vez de Tácito y de Aristófanes, contra los exce-

sos del Terror y contra las doctrinas de Hebert. Trataba de poner en ridículo el crimen, pero la muerte no se rie. La publicacion de aquellas hojas sueltas habia sido á la vez, como todos los actos de Camilo Desmoulins, un arrebató de cólera y una caricia secreta á dos grandes popularidades. Hé aquí su origen.

Una de las últimas noches del mes de Enero, Danton, el jurado del tribunal revolucionario Souberbielle y Camilo Desmoulins salieron juntos del palacio de justicia. El dia habia sido sangriento: quince cabezas habian rodado por la mañana en la plaza de la Revolucion, y veintisiete habian sido sentenciadas á muerte en la sesion, comprendiéndose en este número á lo más selecto de la antigua magistratura de París. Aquellos tres hombres, con la cabeza baja y el corazon angus-



Un club de mujeres en 1793.—Pág. 300.

tiado por las siniestras impresiones del espectáculo que acababan de presenciar, marchaban en silencio. La noche, que da más fuerza á las reflexiones y que abre paso á los secretos del alma, era sombría y fria. Al llegar al Puente Nuevo, Danton se volvió de pronto hácia Souberbielle. «¿Sabes—le dijo—que al paso que se va, no habrá seguridad para nadie? Los mejores patriotas se confunden sin examen con los traidores. La sangre que los generales vierten en los campos de batalla no les dispensa de derramar la que les queda en el cadalso. Estoy cansado de vivir. Mira, el rio parece que lleva sangre.» «Es verdad,—dijo Souberbielle;—el cielo tiene el color rojo y vaticina una gran lluvia de sangre detrás de esas nubes. Estos hombres habian pedido jueces inflexibles, y no quieren ya sino verdugos complacientes. Cuando yo les niego una cabeza inocente, me dicen que soy demasiado escrupuloso. Pero ¿qué puedo hacer yo?—continuó Souberbielle con abatimiento.—Yo no soy más que un patriota oscuro. ¡Ah! ¡Si yo fuese Danton!» «Danton duerme; cállate,—respondió el rival de Robespierre á Souberbielle.—El se despertará cuando sea tiempo. Todo esto empieza á horrorizarme. Soy un

hombre de revolucion, pero no un hombre amigo de la carnicería. Pero tú,—prosiguió Danton dirigiéndose á Camilo Desmoulins,—¿por qué guardas silencio?» «Estoy cansado ya de callar,—respondió Camilo,—la mano me pesa; he tenido grandes deseos no hace mucho tiempo de aguzar la pluma como un puñal y herir á esos miserables. ¡Que se guarden de mí! Mi tinta es más indeleble que su sangre. ¡Mancha eternamente!» «¡Bravo, Camilo!»—repuso Danton.—Empieza, pues, desde mañana. Tú que eres quien más ha impulsado á la revolucion, debes tambien sujetarla. Tranquilízate,—continuó Danton bajando la voz;—esta mano te ayudará. Tú sabes que es fuerte.» Los tres amigos se separaron en la puerta de la casa de Danton.

Al dia siguiente, Camilo Desmoulins escribió el primer número del *Viejo Franciscano*. Despues de habersele leído á Danton, Camilo se le llevó á Robespierre, seguro de que un ataque á los *Rabiosos* no disgustaria mucho al dueño de los Jacobinos, que secretamente aborrecia á Hebert. Habia mucha prudencia oculta en la temeridad de Camilo Desmoulins, y una gran dosis de adulacion hasta en su valor. Indeciso aún Robespierre sobre las disposiciones de los Jacobinos y de la Montaña, ni aprobó ni rechazó á Camilo Desmoulins, guardando en sus palabras la misma libertad que queria tener en sus actos; pero el escritor entrevió el pensamiento de Robespierre en su reserva, y comprendió que si no animaba su audacia, al ménos le sería perdonada.

IV

Pero si Robespierre titubeaba en atacar al Terror, temeroso de herir y desarmar al comité de salud pública, no dudaba en combatir solo y cuerpo á cuerpo á los que depravaban la revolucion y querian convertir los cultos en ateismo. Más asiduo que nunca á los Jacobinos, á pesar de la calentura lenta que le consumia, los contenia solo sobre la pendiente en que la municipalidad y los Franciscanos querian precipitarlos. Esperaba hacia mucho tiempo una ocasion para lavar sus manos de las inmoralidades y de la impiedad de Chaumette y Hebert. Este, animado por la complicidad de una parte de la Montaña, no tardó mucho en ofrecérsela á Robespierre. Habia hecho desfilar por el recinto de la Convencion una de esas procesiones de hombres y mujeres revestidos con los despojos de las iglesias. Al siguiente dia se presentó en los Jacobinos para renovar las mismas escenas y arrastrarlos en pos de sí, atreviéndose á dirigir algunas alusiones mal encubiertas contra su jefe. «La política de todos los tiranos—dijo Hebert—es dividir para reinar. La de los patriotas como nosotros es la de unirnos para acabar con los tiranos. Ya os he advertido que hay intrigantes que tratan de introducir la discordia entre nosotros. Se han citado varias expresiones de Robespierre contra mí. Todos los dias se me pregunta cómo es que no he sido preso, á lo que yo respondo: ¿Existe la comision de los Doce? Sin embargo, no desprecio estos rumores. Algunas veces, ántes de oprimir se quiere conocer la opinion pública. Robespierre es el que se dice que debia denunciarme á la Convencion y ponerme preso con Pache. Tambien decian que Danton habia emigrado cargado con los despojos del pueblo, y que estaba en Suiza. Esta mañana le he encontrado en las Tullerías, y puesto que está en Paris, es preciso que venga á explicarse fraternalmente á los Jacobinos. Todos los patrio-

tas deben desmentir por sí mismos los rumores injuriosos que corren de ellos. Es necesario seguir rigurosamente la causa de los cómplices de Brissot. Cuando se ha juzgado al malvado, era indispensable haber juzgado á sus cómplices. Habiendo juzgado á Capeto, no podia ménos de juzgarse á toda su raza.» Momoro pidió el exterminio de los sacerdotes.

A esta mocion, Robespierre, que espiaba el momento de tener una explicacion con Hebert, y que veia que se retrasaba por aquella especie de llamada á la concordia del jefe de la municipalidad, no quiso dejar pasar la ocasion favorable que se le ofrecia. «Yo habia creido—dijo levantándose—que Momoro trataria la cuestion presentada por Hebert á la atencion de la asamblea, pero ni siquiera la ha abordado. Nos queda, pues, investigar las verdaderas causas de los males que afligen á la patria. ¿Es cierto que nuestros más peligrosos enemigos son los restos impuros de la raza de nuestros tiranos, esos cautivos cuyos nombres sirven aún de pretexto á los rebeldes y á las potencias extranjeras? Voto en mi corazon por que la raza de los tiranos desaparezca de la tierra; pero ¿puedo cegarme sobre la situacion de mi país hasta el punto de creer que la muerte de la hermana de Capeto baste para extinguir el foco de las conspiraciones que nos destrozan? ¿Es verdad que la principal causa de nuestros males está en el fanatismo? El fanatismo espira; podria decirse que ya ha muerto. ¡Temeis segun decis á los sacerdotes, cuando éstos se apresuran á abdicar sus títulos, para cambiarlos por los de municipales, administradores y aún presidentes de las sociedades populares! No, no es el fanatismo el que debe ser hoy dia el objeto de nuestras inquietudes. Cinco años de una revolucion que ha descargado sobre los sacerdotes deponen de su impotencia. No veo más que un solo medio de que salgan de ella, y este medio es el expresar que se cree en su fuerza. El fanatismo es un animal feroz y caprichoso; huye ante la razon. Si le perseguis dando alaridos, pronto se revolverá contra vosotros. ¿Y qué otro efecto puede producir ese celo exagerado y fastuoso que tan encarnizado se muestra contra él de poco tiempo acá? ¿Con qué derecho unos hombres desconocidos hasta aquí en la carrera de la revolucion vienen á buscar en estas persecuciones los medios de usurpar una falsa popularidad, de arrastrar á los patriotas á falsas medidas, y de arrojar entre nosotros la fatal tea de la discordia? ¿Con qué derecho vienen á perturbar la libertad de cultos en nombre de la misma libertad, y á atacar al fanatismo por medio de otro nuevo fanatismo? ¿Con qué derecho harian degenerar en farsas ridículas los solemnes homenajes tributados á la más pura verdad? ¿Por qué ha de permitírseles que jueguen así con la dignidad del pueblo, y que aten al cetro mismo de la filosofía los cascabeles de la locura? ¿Han querido suponer que acogiendo la Convencion las ofrendas cívicas de las iglesias, habia proscrito el culto católico? No, la Convencion no lo hará nunca. Su intencion es mantener la libertad de cultos que ha proclamado, y reprimir al mismo tiempo á todos los que abusen de ella para turbar el orden público; no permitirá, pues, que se persiga á los ministros pacíficos del culto. Se ha denunciado á algunos sacerdotes por haber dicho misa, pero la dirán por mucho tiempo si se les impide decir la. El que impide decir la misa es más fanático que el que la dice. Hay hombres que quieren ir más léjos, que so pretexto de destruir la supersticion tratan de hacer del ateismo una religion. La Convencion nacional aborrece semejante sistema. La Convencion no es un componedor de libros, ni un autor de sis-

temas metafísicos; es un cuerpo político y popular encargado de hacer respetar, no solamente los derechos, sino también el carácter del pueblo francés. ¡No en vano ha proclamado la declaración de los derechos del hombre en presencia del Sér Supremo! El ateísmo es aristocrático. La idea de un gran Sér que vigila sobre la inocencia oprimida y que castiga el crimen triunfante es popular.»

Los jacobinos de la clase indigente aplaudieron este discurso. Robespierre continuó: «El pueblo, los desgraciados me aplauden; si yo encontrase censores aquí, sería entre los ricos y entre los culpables. Yo no he cesado un día, desde mi infancia, de abundar en las ideas morales y políticas que acabo de exponer. Si Dios no existiese, sería preciso inventarle... Hablo en una tribuna—continuó—en donde un impudente girondino osó calificarme de criminal por haber pronunciado la palabra Providencia; ¿y en qué tiempo? Cuando con el corazón ulcerado por todos los crímenes de que éramos testigos y víctimas, cuando vertiendo lágrimas amargas por el pueblo eternamente engañado, eternamente oprimido, trataba de elevarme por cima de la turba de conspiradores de que estaba rodeado, invocando contra ellos la venganza celeste en defecto del rayo popular. ¡Ah! En tanto que exista la tiranía, ¿cuál será el alma enérgica y virtuosa que no apele en secreto de su triunfo sacrílego á esa justicia eterna que parece haber escrito en todos los corazones el decreto de muerte de todos los tiranos? A mí me parece que el último mártir de la libertad exhalaría su alma con un sentimiento más dulce descansando en esta idea consoladora. Este sentimiento es el de Europa, el del universo y el del pueblo francés. ¿No veis el lazo que os tienden los enemigos ocultos de la república y los emisarios de los tiranos extranjeros? Los miserables quieren justificar de este modo las groseras calumnias cuyo descaro reconoce toda Europa, y hacer se separen de vosotros, por las prevenciones y por las opiniones irreligiosas, aquellos á quienes la moral y el interés común atraen á la sublime y santa causa que defendemos».

Robespierre pidió la expulsión de Proly, de Dubuisson y de Pereyra. La expulsión fué decretada. Robespierre, oído al principio con admiración y después con frialdad, había batido á Hebert y Chaumette, batiendo el ateísmo. Sacó este hombre sus fuerzas de su gran valor, y sus rayos de aquel instinto eterno del alma humana que atestiguan la presencia de un Dios. Al poner á Dios de manifiesto, Robespierre se creaba á sí mismo y á la revolución una conciencia y un juez. Si hubiera sido un malvado vulgar, habría buscado el modo de ocultar al pueblo la luz divina, en lugar de hacerla revivir en él. En su discurso jugó su popularidad contra su profesión de fe.

Vencido aquel día el partido de Hebert en los Jacobinos, se vengó en la municipalidad, ejerciendo actos atroces de intolerancia contra la libertad de cultos. Danton habló en la Convención contra aquellos perseguidores, pero como un hombre político que quiere se respete un hábito sagrado del pueblo, y no como filósofo que es el primero en adivinar la más alta idea del espíritu humano. Aquella identidad, sin embargo, de animadversión común contra Hebert y Chaumette unió por un momento á Robespierre y á Danton.

El primero continuó reuniendo á los jacobinos contra los energúmenos de la municipalidad, y denunciando á los intrigantes y á los exagerados. «En el movimiento súbito y extraordinario en que nos hallamos,—dijo,—tomaremos todo lo

que el pueblo puede confesar, y rechazaremos todos los excesos por los cuales nuestros enemigos quieren deshonorar nuestra causa. Se trata de agitarnos y dividirnos socolor de las querellas religiosas, y nosotros las ahogaremos. Confundiremos al ateísmo y respetaremos las creencias sinceras.» Intimidado Hebert por el valor de Robespierre, se desmintió á sí mismo y fingió reprobar por un momento las persecuciones y los escándalos que él había promovido. Chaumette hizo lo mismo en



Habitación de Danton en Sevre.—Pág. 304.

el Consejo municipal. El comité de salud pública aprovechó aquel terror de los hebertistas para proclamar por boca de Robespierre los principios de gobierno en una respuesta á los manifiestos de los reyes coligados contra la república.

V

Las depuaciones continuaron en los Jacobinos, como se había decidido en la sesión precedente. Todos los miembros fueron citados uno después de otro, y tuvieron que sufrir un exámen público de sus opiniones y de su vida.

Al momento en que Danton compareció para dar cuenta de sus acciones, un